

Círculo y línea en Facundo
Ensayo monográfico

Es como si cada país pensara que tiene que ser representado por alguien distinto, por alguien que puede ser, un poco, una suerte de remedio, una suerte de triaca, una suerte de contraveneno de sus defectos. Nosotros hubiéramos podido elegir el Facundo de Sarmiento, que es nuestro libro, pero no; nosotros, con nuestra historia militar, nuestra historia de espada, hemos elegido como libro la crónica de un desertor, hemos elegido el Martín Fierro, que si bien merece ser elegido como libro, ¿cómo pensar que nuestra historia está representada por un desertor de la conquista del desierto? Sin embargo, es así; como si cada país sintiera esa necesidad.

El libro
Jorge Luis Borges

El carácter puramente absoluto en sí es necesariamente también identidad pura, pero la forma absoluta de esta identidad consiste en ser uno mismo eternamente sujeto y objeto; lo cual podemos considerar como ya demostrado. No es lo subjetivo ni lo objetivo en este eterno acto del conocimiento como tal, el carácter absoluto, sino lo que es la esencia de ambos, y lo que, por lo mismo, no es perturbado por ninguna diferencia. La misma esencia idéntica en lo que nosotros podemos llamar la faz objetiva de ese desarrollo absoluto, está representada como la idea en lo real, y en lo que nosotros llamamos faz subjetiva, como lo real en la idea, de manera que en cada una de ellas está establecida la misma sujeto-objetividad, y en la forma absoluta reside también la esencia de lo absoluto... La forma, que en el carácter absoluto era idéntica a la esencia se diferencia como forma. En el primero aparece como incorporación de la eterna unidad en la multiplicidad, de lo infinito en lo finito. Ésta es la naturaleza, la cual, tal como aparece, siempre es sólo un momento o punto de transición en el acto eterno de la incorporación de la identidad en la diferencia. Contemplada puramente en sí, ella es la unidad por la cual las cosas o ideas se alejan de la identidad como su centro y toman existencia particular. El lado de la naturaleza es entonces en sí mismo sólo uno de los lados de todas las cosas. La forma de la otra unidad se distingue como incorporación de la multiplicidad en la unidad, de lo finito en lo infinito y es la del mundo ideal o espiritual. Éste contemplado puramente en sí, es la unidad por la cual las cosas vuelven a la identidad como su centro, y están en lo infinito, así como están en sí mismas en la primera unidad... Toda realización del saber sólo se produce por medio de la acción, que a su vez se manifiesta exteriormente por creaciones ideales. La más común de ellas es el Estado, que, como ya se observó anteriormente, está formado según el prototipo del mundo de las ideas.

Lecciones sobre el método de los estudios académicos
Schelling

El centro interpretativo del presente ensayo plantea la hipótesis de dos *imágenes del tiempo* en el Facundo de Domingo F. Sarmiento: un tiempo cíclico¹, repetitivo, trágico² y otro tiempo progresivo, diferencial, civilizatorio. Cuando el tiempo se presenta *circular*, Sarmiento sostiene la necesidad de la fuerza, la advertencia de una repetición trágica: es la hora de la determinación del enemigo. Es el Sarmiento político, guerrero, bárbaro. En cambio, cuando el tiempo es intuido, modernamente, como progresivo, aparece el largo plazo de la política del estado, el libre desenvolvimiento del espíritu de las luces sobre las pampas: el desarrollo del mercado en la nación virgen. Es el Sarmiento ilustrado, culto: el educador, el pedagogo, el liberal. Bajo el primer modo de capturar el tiempo como horizonte, Sarmiento bebe de las fuentes del mito y conjurándolo: afila la espada de un futuro que forja con puño, letra y sangre. Bajo el segundo modo, lo contempla, limpio y despejado, como una tierra fértil a punto de ser engendrada por el hombre como *destino*³.

Dicho de otro modo: la faz subjetiva del Facundo identifica al *enemigo* del estado como enemigo del hombre: al bárbaro no se lo puede proteger, nunca obedecerá a un tercero excluido: la montonera es ella misma su propia obediencia y ley. La faz objetiva es la *mercancía* que aparece como desarrollo de la ciudad en tanto administración y gobierno⁴. El Facundo no es un relato de la historia nacional, género doméstico inventado por Mitre. *El Facundo es la filosofía política del estado argentino como origen de nuestra tradición literaria*. Así lo reconoce Nicolás Avellaneda: “antes del Facundo peleábamos pero no sabíamos por qué, a partir del

¹ El tiempo del mito es circular porque nos habla del origen, no como “tiempo histórico”, sino como *retorno*: aquello que vuelve o se vuelve sobre nosotros para determinar el presente como presencia. Esta presencia desborda y marca nuestra *identidad*: es, sin ninguna duda, una *escritura*. El mito busca el relato para sostenerse aunque sabe que su verdad excede el discurso. Sea por su carácter fundante, es decir, trágico, el mito se enlaza con la palabra como *sustracción*. En ese sentido, se sabe eterno, ligado al futuro; inapresable. El origen del fantasma es el fantasma del origen. Por eso, el pensamiento nacional comienza, al igual que Hamlet, evocando a un muerto: ese es inicio del Facundo, la mácula de Sarmiento sobre el ensayo argentino. Violento, clarividente, guerrero: Domingo no es para nosotros un hombre sino un libro, un enorme libro.

² “Rosas no le servía. No era exactamente un caudillo, no había manejado nunca una lanza y ofrecía el notorio inconveniente de no haber muerto. Sarmiento precisaba un fin trágico. Nadie más apto para el buen ejercicio de su pluma que el predestinado Quiroga, que murió acribillado y apuñalado en una galera. El destino fue misericordioso con el riojano; le dio una muerte inolvidable y dispuso que la contara Sarmiento” (*Prólogo con un prólogo de prólogos*; Jorge Luis Borges, Alianza editorial, 1998, Pág. 209)

³ Nos parece diletante, a los fines de este pequeño ensayo, remitirnos a los griegos para pensar el tiempo como *cálculo* (referencia a la imagen de la línea en tanto *progreso y desarrollo*) y *mito fundante de la soberanía del estado* (referencia a la imagen del círculo en el sentido de un *retorno fantasmático*). La conciencia laica es la conciencia europea *contra* los griegos; historicidad del cristianismo en el pensamiento occidental. Grandes filósofos y sociólogos han establecido la relación entre cristianismo y capitalismo, entre protestantismo y modernidad. Nuestra relación con *krónos* o *kairós* sólo puede experimentar la exégesis como pregunta por el inicio. La *secularización* de aquellas cosmovisiones prueba el carácter de uso e instrumento para una *analítica del poder de soberanía*. Y esto es ya menos griego que *romano*. Por similares razones, tampoco hemos considerado la imagen circular del tiempo en culturas como las del Oriente (pensamiento chino, filosofía de la india, tradición hindú, etc); Culturas en las cuales tal consideración agregaría un problema esencial ulterior: *la circularidad del tiempo en correspondencia con el movimiento del ser como naturaleza* siendo aquí el marco para pensar el asunto del tiempo como *retorno e imagen circular* el psicoanálisis interpretado como *metafísica de la subjetividad*.

⁴ Todo lo cual no quiere decir que convivan en Sarmiento un hombre pre-moderno, mítico, y un hombre ilustrado como luz y sombra de una obra revolucionaria. Domingo piensa y escribe, plenamente, como moderno y en tanto moderno *va hacia el mito como médico al quiste* comprendiendo que *la espada resolverá los asuntos del estado y la conciencia la cuestión del porvenir*. La página dos enuncia la sesuda empresa: “necesítase, empero, para desatar este nudo que no ha podido cortar la espada, estudiar prolijamente las vueltas y revueltas de los hilos que la forman, y buscar en los antecedentes nacionales, en la fisonomía del suelo, en las costumbres y tradiciones populares, los puntos en que están pegados”. (Domingo Faustino Sarmiento; *Facundo*, Ediciones Selectas, 1965, Pág. 2)

Facundo la lucha tuvo un sentido claro”⁵. Pero nuestro Leviathan jamás podría haberse escrito *filosóficamente*. Sarmiento es, ante todo, el primer ensayista. Pero, *en tanto primer ensayista*, es el primer *estadista*. Facundo nombra lo real como *diferencia* y su negación absoluta es la *conquista* del Estado como *identidad*. Anuncia, programáticamente, la campaña del desierto. Pero la campaña del desierto **no** es —contra la sentencia idealista de Schelling con la cual abríamos este ensayo— la *incorporación* de esa diferencia, de lo real, en la *identidad* sino su *extirpación*: “Por lo pronto nosotros vamos resolviendo los problemas sociales más difíciles, degollándonos. El Paraguay no existe; esta grande obra la hemos realizado con el Brasil; entre los dos, hemos mandado a López a la difuntería. Ahora la hemos emprendido con Entre Ríos, donde López Jordán se encargó de despacharlo a Urquiza. En esta guerrita en que nos ha metido la fatalidad histórica nos consolamos pensando que, como Entre Ríos estaba muy rico, le hacía falta conocer la pobreza. La libertad y la civilización han arrasado todo”⁶. El *retorno* del Facundo es la *repetición* de la pregunta sobre el *quién* del estado.

Sucede que el programa del Facundo —hacer un desierto para la identidad del estado— genera el vicio fundamental de la polarización: una nación únicamente puede ocupar *un solo lugar*. Una nación que cada vez que plantea el retorno de su origen e identidad *fantasea con la eliminación* de una parte sustancial de sí: *los vencidos no tienen lugar en esa nación*, en esa narración del origen, en esa idea que tenemos de *nosotros* (preámbulo de la Constitución) Entonces, esa *nación*, ese *desierto*, regresa sobre el *quien* propone la unión dejando fuera la *historia*: “el peronismo se siente el hecho maldito de la Argentina moderna porque se considera tan originario como el conservadurismo y en pie de igualdad con él”⁷. El 17 de Octubre se mira en el espejo del Facundo y se encuentra, abandonado, como la escritura de Sarmiento.

Borges, Martínez Estrada, Héctor Murena no se acercan al Facundo como policías del documento. Intuyen que la polvorienta pieza del humanismo, el libro, esconde una *esencia* respecto de la cual buscan hacerse. No para posicionarse en un relato u otro del caudillismo historiográfico de la época sino para *situar la propia existencia* respecto del discurso como tal. Esa relación no es otra cosa que la condición de la interpretación como posibilidad enunciativa; Presencia de Sarmiento⁸ en este intento.

⁵ Clases de pensamiento argentino y latinoamericano; Oscar Terán; Centro de Estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires, 1998.

⁶ *Una expedición a los indios ranqueles*; Lucio V. Mansilla.

⁷ *Diáspora, Estado y decadencia: escritos sobre judaísmo*; Enrique Meler, Ediciones del Signo, 2009, pp. 217-236.

⁸ Sarmiento nace en San Juan el 15 de febrero de 1811. Se dice que su madre era una mujer abnegada; su padre sirvió en el ejército de los Andes, a las órdenes de San Martín. Cursa instrucción primaria en la “Escuela de la Patria” en su ciudad natal. Falla dos veces su intento de continuar estudios en Buenos Aires. A los 16 trabaja dos años como dependiente en a tienda de una tía suya. Lee infatigablemente. Toma por modelo a Franklin. Se hace unitario. Se lanza a la guerra civil, se salva de la muerte después de la derrota del Pilar. Triunfante Quiroga, en 1831, emigra a Chile. Maestro de la escuela Puteando. Instala un bodegón en Poeuro. Es dependiente de tienda en Valparaíso, con la mitad de lo que gana: estudia inglés. Luego es mayordomo en las minas de Copiapó. En 1836, su salud corre riesgo y vuelve a San Juan. Allí, funda una sociedad dramática y en 1938, junto a varios jóvenes ilustrados, la *Sociedad Literaria*, filial de la *Asociación de Mayo*. Lee durante dos años una infinidad de libros. Funda un colegio de mujeres, el de Santa Rosa y su primer periódico: *El Zonda* (1839) Momento del On ne tue point les idées que traduce como *bárbaros, las ideas no se degüellan*. En 1840 vuelve al exilio en Chile. Se lanza a la política y colabora en distintos periódicos, dirige la primer escuela normal de Sur América (1842), es nombrado, al fundarse en 1843 la Universidad de Chile, miembro del cuerpo académico de la Facultad de Filosofía y Humanidades, donde auspicia la simplificación ortográfica. Con Vicente Fidel López crea un colegio particular, el *Liceo*. Durante tres años (1842-45) dirige *El Progreso*, primer diario que aparece en la capital chilena. Publica textos escolares, cartillas, silabarios y dos millones de niños chilenos aprenden a leer por su *Método de lectura gradual* (1845) Aparte de numerosos artículos periodísticos edita *Mi defensa* (1843) y su trabajo sobre Aldao (1845) y su obra mayor *Facundo* (1845) Desde 1845 a 1848 viaja por Europa y los Estados Unidos, enviado por el gobierno de Chile a estudiar la organización de la enseñanza primaria. De vuelta a ese país, publica *Viajes por Europa, África y América* y *Educación popular*, ambas en 1849. En 1850, publica *Argirópolis*

Adivino—. ¿Cuál es el *secreto* depositado en el Facundo? ¿Qué significado convierte a esta *sombra* en el símbolo del ser del pueblo?

El ensayo comienza presentando la vida de los argentinos como *apariciencia* de un fantasma que domina los acontecimientos, los hombres y las cosas. La República Argentina expresa en el tiempo —con la inseguridad permanente del futuro— las convulsiones internas de esta *sombra terrible de Facundo* que posee el secreto de las convulsiones que nos desgarran. La sombra nos domina, prolonga su sufrimiento en el pueblo al igual que Hamlet: el muerto no termina de sepultarse. Se dirá que Sarmiento convoca al fantasma, lo seduce hacia las letras, allí busca darle correcta sepultura. Pero Sarmiento arremete como celoso y adivino: *quiere el secreto*. “Tú posees el secreto: ¡revélanoslo!”.

El estado se funda sobre un mundo oculto que hace del nuestro una mera *apariciencia*: intuición primera de Faustino. Allí está el *secreto*. Sarmiento quiere hacerse del secreto, la resolución del enigma, el destino de la patria. Por consiguiente, todo el futuro *ya está en el pasado* y el tiempo concierne, únicamente, al orden de la manifestación. *Esta es la imagen circular del tiempo, el retorno como movimiento del ser*. Así se formula la vocación anti-histórica de Sarmiento contra la linealidad del progreso: la repetición de un instinto que no cesa de volver sublimándose como *cálculo*.

El punto de vista del conocimiento para esta *imagen circular del tiempo* es rechazar el presente como realidad; entender los pensamientos y los sentimientos, los objetos y las figuras, como *disfraces* que hay que desenmascarar. La vida profunda se alcanza desde el pozo del pasado. Y aquello que parece más muerto en el tiempo, más vivo es. Semejante relación metafísica, entre el fantasma y su interpretador, al comunicar por *médium* de la escritura, se revela como desafío intelectual: el enigma de la sombra. El enigma no dice, señala. ¿Qué señala? La organización nacional *ocultando* aquello que la hace ser lo que es, su esencia. ¿Qué necesidad habría de un enigma si las cosas todavía no desveladas fuesen transparentes respecto al tejido ordinario de la existencia? Las vicisitudes pasadas y presentes de los hombres son homogéneas, transparentes, sin misterio. La forma del enigma, el Esfinge Argentino, al contrario, quiere aludir a un salto, a una *insuperable disparidad de naturaleza* entre lo que pertenece a la sombra (raíz del pasado y del futuro) y lo que pertenece al hombre para ser dueño de su destino.

La Esfinge pesa sobre los hombres como opresión de los muertos sobre el cerebro de los vivos: solo el estudio de las vueltas y revueltas de los hilos que la forman, los antecedentes nacionales, la fisonomía del suelo, las costumbres y tradiciones populares, los puntos de vista puede desatar el nudo y descifrar el misterio. El conocimiento ganado no nos hará arrogantes sino que significará nuestro lugar en la historia y en la filosofía. Habremos superado esta figura que parece haberse constituido contra la luz identitaria de la Revolución, sombra del ideal. ¿Podríamos dominar la evolución de nuestra historia con solo tener este secreto? ¿Hybris de la razón?

donde aboga por la concordia de los argentinos y la adopción literal de la Constitución de los Estados Unidos. A fines de ese mismo año, *Recuerdos de provincia* aparece. Dos años más tarde, se incorpora, con el grado de teniente coronel, al ejército de Urquiza. Emplea en Palermo la misma pluma de Rosas al escribir el parte de victoria de Caseros. Disgustado con el militar entrerriano, gana su rincón chileno (junio de 1852) y publica *Campaña en el Ejército Grande* y polemiza con Alberdi. Emulando a su oponente, escribe, en 1853, *Los comentarios de la Constitución*. Rechaza la diputación que se le ofrece en el Estado de Buenos Aires y, enseguida, al Congreso de Paraná, en representación de Tucumán, proclamándose *provinciano en Buenos Aires, porteño en las provincias, argentino en todas partes*. En 1855, vuelve a Buenos Aires. Redacta *El Nacional*. Electo Concejal en 1856, designado Director de Escuelas en 1856-62 y tres veces Senador en 1857, 1860, 1861. En 1860 participa en la Convención reformadora de la Constitución. Ministro de Gobierno bajo la dirección de Mitre, después de Pavón, va con la expedición del general Paunero a las provincias de Cuyo. Es designado gobernador en su provincia. En dos años de ejercicio de su cargo (1862-64) realiza una labor titánica y se le nombra ministro argentino en Estados Unidos (1865-68) Sin contar con partido propio es elegido Presidente de la Nación (1868-1874) y luego es senador nacional por San Juan. En 1879, efímeramente, ocupa la cartera del Interior. Dirige la instrucción primaria en la Provincia de Buenos Aires (1875-79) y en el orden nacional (1881) Publica *Conflicto y armonía de las razas de América* (1883) va en misión cultural a Chile en 1884; saca *El Censor* (1885) donde inserta después su libro sobre Francisco Javier Muñoz y *Vida de Dominguito*. En 1887 parte al Paraguay, con graves problemas de salud, retorna a Chile por última vez en 1888. El 11 de septiembre de ese año fallece en Asunción. Sus restos fueron inhumados en Buenos Aires, 10 días después. Ante su tumba, Carlos Pellegrini: “fue el cerebro más poderoso que haya producido la América”.

A Sarmiento, todo eso, no le importa. La alusión al enigma le permite volverse hacia atrás y reclamar, para su presente, la fractura radical del mundo: *la guerra como vía para superar la apariencia*.

2

Una guerra narcisista funda el Preámbulo desde el abandono: Martínez Estrada— La máquina de guerra es la organización misma de la Nación: “La República Argentina está organizada hoy en una máquina de guerra, que no puede dejar de obrar, sin anular el poder que ha absorbido todos los intereses sociales”⁹. Hagamos un salto histórico, disruptivo, injertemos algunas preguntas: ¿pudo la supuesta organización nacional de 1880 desactivar esta máquina mediante la homogenización de los intereses materiales reconvirtiendo a dueños nominales de la tierra en terratenientes incorporados al mercado mundial por las vías del ferrocarril británico y francés? ¿Desactiva la guerra la nacionalización de toda la renta agraria? ¿El capital financiero internacional traía finalmente la *unión*? ¿La organización liberal del estado cerraba las páginas del Facundo como pre-historia del ingreso nacional al mercado mundial?¹⁰ Volvamos a 1845.

Para Sarmiento, *la guerra forja la idea unitaria* y la intimidad de la unión impone simplemente deshacerse del tirano para realizarse como tal: “la guerra civil ha llevado a los porteños al interior, y a los provincianos de unas provincias a otras. Los pueblos se han conocido, se han estudiado, y se han acercado más de lo que el tirano quería; de ahí viene su cuidado de quitarles los correos, de violar la correspondencia

⁹ *Facundo*, Domingo Faustino Sarmiento, Ediciones Selectas, 1965, Pág. 286

¹⁰ En el lapso que va de 1820 a 1870, el país se transforma totalmente. Durante la larga dictadura de Rosas se consolida *un poder central* y se reconstruye la autoridad política frente al exterior (hecho señalado por Alberdi en 1847) Pero el poder interno no se consolida hasta 1852 cuando empieza la constitución del estado, con graves conflictos, como la separación de la provincia de Buenos Aires del resto de la Confederación. Antes se habían afrontado largas guerras, civiles, con el Brasil y la extenuante con el Paraguay que duró cinco años. La provincia de Buenos Aires, beneficiada por el puerto, crece económicamente. En 1877, Argentina es el primer exportador de lana del mundo y durante el mismo año se hace el primer envío de carne congelada a Europa. Hacia 1880, esa famosa divisoria de aguas entre la nación fragmentada y conflictiva y la nación unificada y pacificada, no existía: el paso adelante —el enfrentamiento entre las partes ya no apelaba a las armas— es reconvertido por la historiografía como “un antes y después” cuando apenas significa la transformación *política económica* de las disputas. En su libro “los cuatro peronismos” Alejandro Horowicz lo plantea del siguiente modo: “... *la organización nacional es posible y con ella la federalización de Buenos Aires, porque los intereses materiales de la sociedad colonial se homogenizan lo suficiente. Y es precisamente su homogeneidad (terratenedientes en el mercado mundial dominado por el imperialismo) la que define el contenido de la federalización*”. Para Horowicz, el ferrocarril es la expresión instrumental del dominio británico como alianza terrateniente y lógica del capital financiero. Ahora bien, esa “homogenización de los intereses” no quiere decir nada si no se tiene en cuenta la competencia por imponer la moneda. El rasgo predominante de los años ochenta fue la competencia anárquica por el financiamiento interno y externo (lo segundo con privilegio) y por los recursos fiscales del Estado Nacional. No hubo acumulación de capital ni redistribución administradas por el poder central porque cada jurisdicción procuró extraer el máximo de beneficios particulares sin sopesar el costo del default y la competencia anárquica era inevitable si el default no aparecía como factor disciplinario externo (la Casa Baring sobreestimó el valor de las exportaciones argentinas) cuestión que ocurrió de la mano de la crisis de 1890-1891: *esa crisis, paradójicamente, fue el principio fundador del poder económico nacional*. Tal constituye la tesis de “Desorden y progreso” de Pablo Gerchunoff, Fernando Rocchi y Gastón Rossi; trabajo que explica con detenimiento *que la consolidación nacional fue obra de la incapacidad financiera de las provincias de seguir colocando deuda en el exterior, el colapso financiero de Buenos Aires, una coyuntura que solo encontró a la deuda estrictamente nacional fuera del default*. Solo a partir de 1891 nada superior había en la nación que la nación misma: el estado creó su propia institución de crédito —el Banco de la Nación Argentina— y su propio instituto de carácter monopolista —la Caja de Conversión— sobre las cenizas de los bancos oficiales, cerrados en 1891, sobre la clausura del Banco de la Provincia de Buenos Aires, sobre el cierre definitivo del Banco Hipotecario de la Provincia de Buenos Aires. La nueva deuda para comprar garantías ferroviarias y para nacionalizar las obligaciones provinciales fue emitida entre 1896 y 1899 por Uriburu y Roca.

y vigilarlos a todos. La UNIÓN es íntima¹¹ Es que la *unión*, aún considerada en sí, es múltiple, aunque está complementemente sola.

La conciencia de Sarmiento la sostiene sabiéndola imagen, pura imagen. Y todas las posibilidades se abren a su lado; podría ser diferente y quizás no, tan solo como se presenta *ante sus ojos*. El ser abstracto de esta *unión* no le da fijeza porque a ella se ciñen profundos sentimientos de amor, de odio, que la van transformando en *símbolo*. Pero para que este símbolo encierre una finalidad hace falta el atravesamiento del pensar. Esta finalidad, esta idea de *porvenir*, forjada por la *mirada remota* de Sarmiento, es su necesidad, su hambre, de *ver el tiempo*, de asir, con su mirada, el horizonte. Domingo habita aquella soledad que no es producto, ni de la independencia, ni del aislamiento, sino del *abandono*.

Soledad del “siempre falta algo”, la soledad de la sensación de impotencia, nulidad, inexistencia espiritual, el abandono de no tener un padre, ni una historia, la angustia de la desposesión, la urgencia de estilo, la necesidad vital de metáfora, soledad forjada por el pecado original¹². Pero el pecado original es el don de la mirada y de la escritura en Sarmiento. Esta soledad lo angustia y se traslada a la *radiografía de la pampa* como una *soledad de muerte*, de nacimiento y muerte clandestina. ¿Por qué no la soledad del que resucita? ¿Porqué el hijo de la llanura ha de extinguirse? Borges dice que Sarmiento es el primer argentino porque sabe que el retorno de su obra tiene la clave, no de una transfiguración, sino del sentir irreductible de la *criatura*. Sarmiento no es el “primer argentino” para henchir el orgullo de la historia de la literatura nacional sino las letras del sentir originario que testimonia la negación de las fuerzas de la soledad.

El abandono acompaña a Sarmiento quien no guarda silencio frente a su presencia sino *furia*. Nada puede acallar el rumor interno de su psique contestaria: pura producción postal, periodismo, polémica. Esta batalla interna, hecha papel, lo protege de la soledad radical. La lucha lo cobija en el Otro que se forja, permanentemente, en el forcejeo de no saberse *quién* aunque exista. Todo es inmediato y no hay camino. La mirada remota hace sentir su *hambruna de mañana*. Quiere ver el fragmento de una forma, quiere ver al ser logrado que parece *uno*, ser el que es, si vislumbramos su destino pues esta mirada tiene la impúdica virtud de no negar recorridos sino de sumarlos, el ser que es puede ser el que iba a ser. Así concibe vida para la civilización y la barbarie como un *juego de luz y de sombra*; luz de la identidad y diferencia como sombra. Ese y demuestra que todo estaba naciendo, la una junto a la otra, en lo hondo, en lo alto, en lo plano: *asigna dos imágenes del tiempo que penetran su mirada remota, furiosa siempre, de tanto anunciar futuro, el de su pluma como polarización de la historia nacional*¹³... Sarmiento apresa el *uno* bajo el cual la identidad del estado transmuta la masacre como educación popular.

¹¹ *Facundo*, Domingo Faustino Sarmiento, Ediciones Selectas, 1965, Pág. 288.

¹² Borges no está de acuerdo con este punto de vista al cual siempre consideró *patético*: “Esta opinión me parece infundada. Comprendo que muchos la acepten, porque esta declaración de nuestra soledad, de nuestra perdición, de nuestro carácter primitivo tiene, como el existencialismo, los encantos de lo patético. Muchas personas pueden aceptar esta opinión porque una vez aceptada se sentirán solas, desconsoladas y, de algún modo, interesantes” (*Discusión*; Jorge Luis Borges, Alianza editorial, 1998, Pág. 199) Y nosotros no estamos de acuerdo con Borges. El rechazo del patetismo, es decir, el rechazo de lo real de la subjetividad humana no puede sino ser el rechazo de lo propio. El desprecio del patetismo es patético. Y Borges es un ser profundamente *patético*: patético su amor y poesía. Borges quiere disimular esta verdad desde su genialidad retórica a la cual recurre como artista de sí. En ese sentido, Borges es la primera creación de Borges, llega antes que sus sutiles interpretadores. Bravo, bravísimo. En este recaudo también revela la protección del patetismo como conservadurismo de la persona (máscara).

¹³ Dicho de otro modo: Sarmiento es *consciente de una polaridad* (civilización y barbarie) que materialmente se expresa como la incorporación de un entorno no capitalista al moderno sistema capitalista de producción. La razón enfrenta la diferencia como conquista: *somete la polaridad a la polarización (civilización o barbarie) bajo el principio de identidad occidental*.

La pampa y el suburbio no son espacios sino dioses totémicos del escritor y su tradición: presencias del relato sarmientino¹⁴. Un Banco Nacional es un corazón donde pulsán los sueños de Faustino. El ferrocarril, una respuesta a la soledad de muerte de Martínez Estrada. Como dice el filósofo, poeta y amigo, Enrique Meler: *nombra lo propio* (la identidad) *en un país ajeno* (la historia de Argentina es la historia de la expansión de las fuerzas mercantiles del capitalismo moderno contra las últimas huellas del “antiguo régimen”) El asunto *civilización y barbarie* no es un problema histórico cuya resolución dependa de un desarrollo ulterior de la fuerza material sino la *repetición* de la diferencia. No tiene solución porque no es un problema (lógico, histórico) sino una *inquietud en el fantasma* que interroga a la razón occidental por su origen y verdad: ¿es Argentina lo indefinido? ¿quiénes somos? ¿cuál es nuestra verdad? ¿hacia dónde debemos marchar?.

Civilización y barbarie, un modo de organizar la diferencia bajo la *metáfora* del caudillo y el estadista.

3

Teatro: Héctor Murena— El estadista y el caudillo son dos polaridades, dos personajes que surgen como metáfora de civilización y barbarie. La vida política nacional se desenvuelve entre esa *representación* del hombre como ser capaz de descubrir el universal, la patria, y la personificación del caudillo como existencia individual, el descenso de la historia que fraguamos a cada paso. Son dos caminos distintos para ganar el ser de la nación y la existencia del estado. Son dos formas diferenciales de la voluntad de poder. Dos formas distintas de nombrar al enemigo. Y dos formas disímiles de habitar el tiempo y la realidad.

El estadista opera un radical desciframiento del mundo que se presenta oculto al común de los mortales. Desoculta la técnica mediante la cual se ejercerá el dominio instrumental del territorio, efectúa el cálculo que lo religa a la riqueza abstracta de la producción mundial. El caudillo no tiene un problema con la técnica sino con el *sacrificio*. Es la dimensión *sagrada* del poder: su auténtica codicia. Su problema no es acumular riqueza sino dejar *marcas* y volver sobre ellas, eternamente. El estadista desea ser reconocido, resultar en inspiración para las generaciones del mañana. El caudillo desea que se identifiquen con él para volver y cancelar la *deuda* con *su* justicia. Ambos son presos del delirio, el delirio frente a la diferencia de *ser* americanos¹⁵.

Sarmiento fue el político capaz de hondar lo suficiente en el delirio hasta identificarse con él, volverse caudillo, darse como misión la elevación de esa materia, su propia existencia, a la forma universal de la conciencia. Inyectándose el veneno, combatió la serpiente con la vacuna: ni insistió en lo pecaminoso de la guerra ni aceptaba la culpa sumisamente: “así, quien califica de negativa y reaccionaria la gestión pública de Sarmiento, esta afirmando implícitamente que es de más alta jerarquía la santidad de un monje que jamás ha salido de la celda, que nunca pecó porque estuvo libre del riesgo de la tentación, que la del ex maniqueo, ex homosexual, ex pecador San Agustín”¹⁶. Estaba dispuesto a encarnar la superación de la patria en su propio cuerpo: “Sarmiento ejecuta la proeza de ver históricamente la actualidad, de simplificar e intuir el presente como si ya fuera el pasado. Abundan ahora las biografías; centenares de ejemplos de ese

¹⁴ Borges desarrolla esta idea “la pampa y el suburbio son dioses” en “El tamaño de mi esperanza”, obra publicada originalmente en 1926.

¹⁵ Sarmiento no es un pensador trágico. Acude a ciertos elementos del pensamiento trágico para pensar el sacrificio del gaucho como necesidad de la unidad social y la fundación del estado. Tal es el lugar inherente de la tragedia dentro de sus representaciones políticas. *El gaucho es la escena trágica de la representación política del Facundo*.

¹⁶ *El pecado original de América Latina*; Héctor Murena, Fondo de Cultura Económica, 2006, pp. 222

género fatigan las imprentas; ¿cuántas rebasan e interpretan los hechos circunstanciales que narran, como lo hace Sarmiento? Sarmiento ve su destino personal en función del destino de América¹⁷”.

El miedo ante Sarmiento es la invalidez de asumir y cargar el destino del estado. Tan faccioso como debió serlo, y cuando el momento lo requirió, no dudó en ir en contra. Ni voluntad general, ni soberanía popular: *el patriotismo de Sarmiento responde a las exigencias de la totalidad de una razón tardía*: “es preciso que me refiera aquí a un sentido de la acción de Sarmiento, sobre la cual, sin embargo, no me será posible extenderme exhaustivamente, puesto que su examen total exigiría largo detenimiento. Hablo de la superación de todo partidismo, del tipo de estadista que Sarmiento representa, de ese tipo de estadista que no gobierna para una facción, sino para el país entero; no partiendo de las concepciones de una facción sobre el país y tratando de inculcar a la nación el rumbo que esas concepciones exigen, sino arrancando de la realidad misma del país, sin preconceptos, y propulsándola hacia donde ella tiende como hacia su única posibilidad de logro pleno. Tal superación implica una *objetividad absoluta* respecto a la realidad, pero una objetividad que —a diferencia de la intelectual, científica, que como ya he señalado antes, lleva a la paralización vital— exige la actividad absoluta, una objetividad que, paradójicamente, podríamos definir como partidismo absoluto. Provinciano en la Capital y porteño en las provincias; con ello nos repite Sarmiento que la nación está más arriba que la Capital y las provincias, que el partido Unitario y el partido Federal. Un porteño y un provinciano, un federal y un unitario tenían cuando obraban la limitación de sus idearios limitados. Sarmiento actuaba ilimitadamente”¹⁸.

Sucede que el orden que quiere Sarmiento es la cinta colorada de Hobbes.

4

Un Hobbes colorado funda la obediencia al poder central que Sarmiento quiere para sí: la fiesta de la Ley—. El problema central en la teoría de Hobbes, a primera vista, parece ser la cuestión de la seguridad. ¿Cómo sentirse seguros? ¿Bajo qué condiciones políticas puede el hombre sentirse seguro de sí? La certeza es un asunto de estado. *Protecto ergo obligo*. Conjurar la guerra civil es *existencial* para estado: la excepción es el *límite* de su fundamento. La ontología del estado, la guerra como acecho y disolución, está pensada como *victoria*. La victoria es victoria sobre el enemigo público, el enemigo del estado. Pero el enemigo del estado es el hombre mismo, su naturaleza es asunto principalísimo de gobierno. Este *enemigo del estado* no es un otro con mayúsculas —el judío, el extranjero, el inmigrante— sino un otro *cualquiera*, en estado natural: el enemigo público del Leviathan es el hombre *en tanto el hombre mismo es la cede de la guerra*. *La guerra es el contenido de la humanidad del hombre* como peligro y disolución social. No se trata de una guerra “entre iguales” interpretando por “iguales” la condición pre-estatal como estadio salvaje. Se trata de la guerra *en el hombre* como una esencia pasible de expandirse, como pandemia, al interior del estado contra el estado. La guerra de todos contra todos no es “una guerra de todos contra todos” sino la *disputa* por la condición humana que la hace la guerra. Es una batalla filosófica en el terreno de la teología política. No una analítica del poder al interior del discurso del estado sino una *corporalidad del poder del estado nacida de una determinación de la esencia del hombre*.

El apetito de poder es esencial al humano. Por eso, el hombre *calcula* la fuerza. El cálculo de la fuerza, la propia y la ajena, aparece en el Leviathan bajo una serie de representaciones: el querer la guerra, la negativa a renunciar a la guerra, mi tranquilidad es que tú temas a la guerra por lo menos como yo temo de ella, etc. Es un teatro de representaciones porque no se trata de lo real de la guerra sino de un *estado de guerra* ya interpretado por la civilización: *la guerra es lo que hay que tener en el ojo para anticiparse a la disolución del estado*. La guerra es el modo de leer la paz siempre y cuando se sepa interpretar que de ella y solo de ella se

¹⁷ *Prólogo con un prólogo de prólogos*; Jorge Luis Borges, Alianza editorial, 1998, Pág. 200

¹⁸ El pecado original de América Latina; Héctor Murena, Fondo de Cultura Económica, 2006, pp. 224.

trata la política y la razón de estado. Dicho de otro modo: en el origen no está ni la guerra ni el estado de guerra sino la *diplomacia*. Y la *diplomacia* no tiene que vérselas con la fuerza —aunque la presuponga— sino con el miedo, la amenaza, la acción a distancia. Se nutre de símbolos porque el símbolo es el que hace a distancia. ¿A distancia de qué? A distancia del cuerpo. Sentir miedo es “ser racional”, elegir la vida, *obedecer*. ¿Cómo se encarna la ley? La soberanía nace, bien de abajo, del miedo, del temor de los súbditos. No sin una fiesta:

“Pero ¿hasta cuándo fiestas? ¡Qué! ¿No se cansa este pueblo de espectáculos? ¿Por qué no hacen todas las parroquias su función a un tiempo? No; es el entusiasmo sistemático, ordenado, administrado poco a poco. Un año después, todavía no han concluido las parroquias de dar su fiesta: el vértigo oficial pasa de la ciudad a la campaña, y es cosa de nunca acabar. La *Gaceta* de la época esta ahí ocupada año y medio en describir fiestas federales. El *retrato* se mezcla en todas ellas, tirado en un carro hecho para él, por los generales, las señoras, los federales *netos*... De las fiestas sale, al fin de año y medio, el color *colorado* como la insignia de la adhesión *a la causa*; el retrato de Rosas, colocado en los altares primero, pasa después a ser parte del equipo de cada hombre, que debe llevarlo en el pecho, en señal de *amor intenso a la persona* del Restaurador. Por último, de entre las fiestas se desprende al final la terrible Mazorca, cuerpo de policía entusiasta federal, que tiene por encargo y oficio echar lavativas de ají y aguarrás a los descontentos primero, y después, no bastando este tratamiento flogístico, degollar a aquellos que se les indique... pero yo no veo en ellas sino un designio político, el más fecundo en resultados. ¿Cómo encarnar en una república que no conoció reyes jamás, la idea de la *personalidad de gobierno*? La cinta colorada es una materialización del terror, que os acompaña a todas partes, en la calle, en el seno de la familia: es preciso pensar en ella al vestirse, al desnudarse; y las ideas se nos graban siempre por asociación...”¹⁹

¿Cómo exorcizar la guerra? Evitando creer que sucede cada tanto. Poniéndola en todos lados como *el modo de ser propio de la política* bajo la fachada de la institucionalidad: *la guerra como lo real de la política y la política como la continuación de la guerra por otros medios*. Estos “otros medios” quiere decir: el lenguaje político habla la guerra y se pone, más cerca o más lejos, de las balas. Pero la guerra no está como un bloque aparte sino *abí*, en el ser mismo de la política, como posibilidad permanente. No es que la guerra sea una sustancia, un continuo, por debajo de la política sino una hermenéutica, una forma de leer e interpretar la política en cuyo núcleo lo que se mide no es la “transformación de la realidad” ni “el diálogo” ni “la negociación” sino la distancia o cercanía respecto del uso de la fuerza. La fuerza no es la última instancia sino que está siempre presente en cualquier instancia. Por eso, la política es aquí, ni más ni menos, que *tiempo*. El tiempo tendido, como astucia del estado, para armarse para la defensa: “... Facundo Quiroga es el núcleo de la guerra civil de la República Argentina, y la expresión más franca y candorosa de una de las fuerzas que han luchado con diversos nombres durante treinta años. La muerte de Quiroga no es un hecho aislado y sin consecuencias; antecedentes sociales que he desenvuelto antes, la hacían casi inevitable; era un desenlace político, como el que podría haber dado una guerra”²⁰.

La barbarie, lo no-europeo, dice poco y nada. La barbarie es la afirmación de la omnipotencia de cualquiera sobre cualquiera; la barbarie dentro de los límites del estado nacional es, en términos psicológicos, la *pulsión por la dominación*: la del hombre en tanto hombre... Toda esa sombra que Sarmiento proyecta y totaliza en *el caudillo*. Se trata del hombre que no concibe, ni acepta, ni obedece; barbarie que toma al próximo como *enemigo absoluto*: el absoluto rechazo de la *obediencia* produce la imposición *absoluta* de la Ley. La naturaleza *en sí* del hombre solo conoce el rechazo al límite del *apetito de poder* humano: solo el profundo temor a un poder superior limita el apetito como condición de la obediencia.

¹⁹ *Facundo*, Domingo Faustino Sarmiento, Ediciones Selectas, 1965, Págs. 248-249.

²⁰ *Facundo*, Domingo Faustino Sarmiento, Ediciones Selectas, 1965, Pág. 241.

El *tercer excluido* no es el tribunal, no es el juez, sino el *orden* en la *figura* de la Ley en sentido cristiano. Esta referencia al origen de la Ley permite *introducir*—al interior del discurso sobre el origen, la materia y el fundamento del estado— la determinación *teológica* de la esencia del hombre en el análisis del poder: el hombre es malo, quiere dominar al otro para asegurarse el goce de la vida y si acepta, naturalmente, la obediencia es por miedo a un poder superior, a una fuerza que niega su conservación. El principio de la civilización coincide con el origen del relato de la ley: la humanidad del hombre se corrompe por el poder. La humanidad del hombre es vanidad y apetito de poder; la naturaleza del hombre es querer todo el poder para sí. La negación absoluta de “todo el poder para sí de cada uno” es el origen de la ley porque introduce la desigualdad del mismo modo que Jesús vino a separar y dividir a los hombres en el nombre del Padre. Los equivalentes se ajustan: es por querer volverse más poderoso, querer ser Dios, que el hombre sucumbió a la tentación del conocimiento y a la desobediencia primera; es por querer volverse Rey que el hombre se vuelve a sí mismo soberano contra el estado. El hombre obedece y desobedece por poder: el estado de naturaleza le promete al hombre ser Rey de sí mismo aunque mendigo; tener todo el poder, ser su propia ley... Sucede que no le asegura la *obediencia* de nadie. ¿Quién puede obedecer si todos somos Rey, si todos somos el legislador, si todos encarnamos la ley como tal? No hay obediencia sin tercer excluido, sin poder central, sin orden. Sarmiento ve esta problemática en el gaucho malo, en el árabe, en el estanciero: “El gaucho argentino, aunque de instintos comunes con los pastores, es eminentemente provincial; lo hay porteño, santafecino, cordobés, llanista, etc. Todas sus aspiraciones las encierra en su provincia; las demás son enemigas o extrañas; son diversas tribus que se hacen la guerra entre sí... Efectivamente, Facundo, aunque gaucho, no tiene apego a un lugar determinado: es riojano, pero se ha educado en San Juan, ha vivido en Mendoza, ha estado en Buenos Aires. Conoce la República; sus miradas se extienden sobre un grande horizonte; dueño de La Rioja, quisiera naturalmente presentarse revestido del poder en el pueblo en que aprendió a leer, en la ciudad donde levantó unas tapias, en aquella otra donde estuvo preso e hizo una acción gloriosa... Así la Providencia realiza as grandes cosas por medios insignificantes e inapercibibles, y la *Unidad* bárbara de la República va a iniciarse a causa de que un *gaucho malo* ha andado de provincia en provincia levantando tapias y dando puñaladas”²¹. El tercer excluido es la organización del *uno* trascendente: onto-teología de la soberanía del estado. Volvamos.

El problema central del Leviathan es la *obediencia*. Esto es el *pacto*, la cesión absoluta, la secularización del relato bíblico como fundamento del estado, es decir, la enajenación *primera* de la *esencia* del hombre es la operación discursiva mediante la cual una pasión se convierte en señora de todas las pasiones con la fuerza tal de determinar al hombre más allá de la historia. El Leviathan, como relato, no es un cuento, no es un discurso entre otros discursos sino la *juridicidad de la ficción*, respecto del ser indómito del hombre, que asegura la humanidad del hombre como *convivencia*. Derrotar un tipo de humanidad para que nazca otra, advenimiento de un nuevo tiempo, reconstrucción de la unidad nacional, recomposición corporal *en una unidad trascendente que extirpe la soberanía popular y triture su indivisibilidad como República, división de poderes, liberal-democracia*. Es que el ser salvaje elimina de raíz la posibilidad misma de la propiedad privada la cual aparece como algo secundario en relación al fundamento del estado. Para que la propiedad privada exista, primero debo poseerme como *mío*. Y solo soy *mío* y me poseo como *vida*, tengo derecho sobre *mi vida*, bajo la condición absoluta de la *derrota del otro* como amenaza, peligro, acecho: *la lógica del miedo es el despliegue de un poderoso arsenal bélico para seguridad y certeza de la razón*.

Esta *ficción jurídica que produce al estado como unidad trascendente*, este relato que hace la modernidad del estado, pareciera poner al hombre, y al conocimiento del hombre, mismo como centro de la escena y de la representación pero, todavía en Hobbes, no se trata del hombre como un ser de carne y hueso sino del hombre tal cual como aparece representado por el discurso humanista del siglo XVII. No es el hombre sino el Rey. Y el Rey en tanto hombre que conoce, introspectivamente, a sí mismo y a la humanidad. Tampoco es un relato como una historia que los hombres se van contando y pasando de generación en generación como mentira compartida. Es un relato en tanto que la razón relata su propio origen, el modo

²¹ *Facundo*, Domingo Faustino Sarmiento, Ediciones Selectas, 1965, Págs. 129-130.

en que los hombres, necesariamente, arriban a ella. Tal es el carácter terrenal de la ficción jurídica del pacto y del contrato: son las pasiones las que arriban a la razón sometándose todas a una pasión primera: el temor a la violencia absoluta de ley. Esta conciencia de la ley, nacida del relato de la razón acerca de las pasiones humanas, es la conciencia laica en oposición a la conciencia religiosa: el desplazamiento de la omnipotencia de dios a la omnipotencia de la ciencia. Pero: ¿Cuál es la diferencia entre estas dos omnipotencias? ¿Es el sacerdote lo mismo que el científico? La omnipotencia de la modernidad es que ella *se produce a sí misma como tiempo*.

Un nuevo inicio para la humanidad, una nueva determinación de la humanidad del hombre, un nuevo modo de interpretar el tiempo: el resto es oscurantismo, antiguo régimen, opio de los pueblos, carga arcaica, *atraso*. La modernidad explica su discontinuidad como negación de la historicidad del hombre: ese resto no-moderno, religioso, supersticioso es objeto de terapéutica... Aquello que debe ser traído a la conciencia (moderna, laica, científica) para actualizarse, es decir, para que *traer al hombre al presente*. ¿A qué presente? Al presente del discurso científico²². Entonces, la *ilustración* arrastra consigo mismo aquello que rechaza. Por eso, su movimiento es la crítica permanente y la auto-crítica como *conciencia de sí*. En Sarmiento —ilustrado postrero— la negación de la diferencia (el gaucho, el indio, etc) no puede sino equivaler al *dominio de la naturaleza por la cultura mediante el trabajo*. Y la confrontación con esta *naturaleza* como surgimiento de la *conciencia en América* en tanto Historia Universal.

Esta conciencia es *pólemos*, razón polémica²³.

5

Polemista— Sarmiento y Alberdi interpretan de formas muy distintas “la barbarie”. Es archiconocido que Sarmiento encuadra al caudillo y al gaucho en el esquema romántico que explica al hombre por el suelo y el medio social: el gaucho es el árabe del desierto, el Tigre debe convertirse en el Mississippi, entre vapores de industria. El atraso está en la estancia. Alberdi, economista, ve en el campo el progreso e interpreta la barbarie como barbarie urbana. Afirma: “Sarmiento y Mitre quieren reemplazar los caudillos de poncho por los de frac; la democracia semibárbara por la democracia semicivilizada”. El gaucho para Alberdi representa mejor la civilización europea porque produce y recuerda a Sarmiento que es un asalariado del estado. Sarmiento y Alberdi pretendieron ilustrar a Urquiza que había derrocada a Rosas pero se apartan de él, cada uno a su modo. Cuando Sarmiento ofrece a Urquiza encargarse del periodismo del gobierno de la Confederación, por considerarlo importantísimo para difundir los principios de la nueva reorganización, Urquiza le contesta: “Sí, mire el efecto que hizo la prensa chilena predicando treinta años contra Rosas; éste duró treinta años”. Gran parte de esa prédica era Sarmiento. En 1852, Buenos Aires, que había usado a Urquiza para sacar a Rosas, lo combate. Sarmiento se suma y dice: “es el segundo tomo de Rosas”. Y añade: “vencedor en Caseros, se presentó en Buenos Aires con el sombrero alojo y el rebenque en la mano ante las damas elegantes y trajo sus mujeres jóvenes y viejas. Las matronas de Buenos Aires tuvieron que aguantar a ese padrillo inmundo y gaucho insolente. ¿Qué se puede esperar de un estado mayor (el de Urquiza) que habla en guaraní?”. Alberdi responde: “Urquiza cursó en universidades que no frecuentaban sus detractores”. Alberdi adhiere a la convocatoria de Urquiza para dictar la Constitución; Urquiza se había interesado en las bases. La enemistad entre Sarmiento y Alberdi no se relaja en 40 años (compárese con “el odio” de nuestros actuales políticos profesionales) a pesar de que ambos estuvieron

²² Marx emprende la crítica de los cimientos teológicos del dinero como *crítica de la economía política* que hay que hacer para comprender que es la emancipación humana y su auténtica libertad. Del mismo modo, Freud, emprende la crítica de la religión, reconvirtiendo la confesión en *saber* y esta *saber* como aquello que el yo debe hacer consciente si quiere a sí mismo dominarse y merecer el respeto de su dios verdadero o Ideal del yo.

²³ “Porque es la polémica la que declara su dominio cuando las “cuestiones de método” ya han sido establecidas; sostenida en la dualidad, exige una toma de partido inmediata y hace de cada calificación un juicio. Provoca permanentemente a los textos, los convierte en declaraciones de guerra, y manifiesta que no hay dualidad sin repercusiones” (*David Viñas, crítica de la razón polémica*; Marcela Croce, Editorial Suricata; 2005, Pág. 119)

exiliados en Chile, en la misma época; a pesar de que ambos compartían la idea de la superioridad de la razón respecto de la voluntad popular; a pesar del objetivo del Progreso; los dos unitarios en su juventud; Alberdi le objeta haber trabajado para Mitre; Sarmiento le objeta su posición respecto de la guerra del Paraguay (aunque Alberdi no sostenía ninguna posición pro-paraguaya) Más allá de los desprecios, las diferencias: 1) la educación para Sarmiento es instrucción individual, para Alberdi es formación de hábitos; 2) exportar granos y someterse a la división internacional del trabajo es progreso en Alberdi; resulta atraso en Sarmiento; 3) para Sarmiento es providencial que un tirano haya hecho morir al pueblo guaraní; para Alberdi el encierro de Paraguay por obra de Buenos Aires corresponde a la esencia de su política respecto al resto de las provincias; 4) respecto de Urquiza: Alberdi quiere una política de reconciliación nacional; Sarmiento propone a Mitre, después de Pavón, la aniquilación de Urquiza.

Sarmiento y Alberdi mueren divorciados de la clase terrateniente. A un estanciero de Buenos Aires que se oponía a la educación común el primero le responde “aristocracia con olor a bosta” y con relación a los estancieros: “toda su respetabilidad la deben a la procreación espontánea de los toros alzados en sus estancias”. Se siente decepcionado de la oligarquía de San Juan, que vive del Estado, sin preocuparse por el bien común, señala el endeudamiento de Buenos Aires y su derroche en teatros, paseos lujosos, viajes presidenciales con séquito: “el pueblo de Buenos Aires, con todas sus ventajas, es el más bárbaro que existe” y en 1870, escribe Posse a Sarmiento: “no son los gauchos brutos e ignorantes los inventores de los crímenes políticos, son los doctores ilustrados que no reparan en medios con tal de llegar más rápido a sus fines”. Sarmiento asiente, ya no puede diferenciar dónde está la civilización y dónde la barbarie: sucumbe ante el delirio, ante la diferencia: es su final trágico, su hora crepuscular. *Ya no puede identificar la diferencia de forma tajante, meramente exterior.* Mientras podía hacerlo, podía pensar, crear con intuición y originalidad. Ya no la puede sostener, la experiencia histórica pareciera refutar sus profundas intuiciones. Su pensamiento arriba a su límite. Infructuosamente, Domingo Faustino insistirá con “hipótesis auxiliares” de supuesta mayor pretensión científica. Abordará la noción de *raza*... Entonces, cesará la creación poética y el pensamiento trágico.

Y el positivista habrá desplazado, definitivamente, al ensayista de la mirada remota.

6

Industrialista utópico y periodista—. Con su pluma, Borges conquistó para la Argentina un lugar en la historia universal de la literatura. Sarmiento: la presidencia. Hablamos del poder simbólico de las escrituras. El capital social y cultural que había acumulado durante toda su trayectoria (en especial en el exilio en Chile) pone a Don Faustino en el poder: el falo presidencial como conquista del ejercicio del periodismo militante. Es que el sanjuanino no tenía partido. ¿Quién lo bancaba? Hacia 1868: Alsina y el autonomismo por reflejo anti-mitrista, los gobernadores del interior (temían el continuismo porteño) y jefes militares esparcidos por el territorio (Lucio Mansilla, José Miguel Arredondo) Sarmiento en el poder mandó a hacer estudios para la canalización de los ríos Bermejo y Pilcomayo; la construcción de carreteras en las provincias del Norte y la instalación de puertos en BsAs, Santa Fe, Rosario; promovió la ampliación de la red telegráfica que llegó a Chile y a Europa; en 1874 otorgó a la firma Juan Clark autorización para la construcción de un ferrocarril que debió unir a BsAs con Mendoza y San Juan; en 1870 creó la escuela de profesores del Paraná; al año siguiente: la primer escuela normal femenina; disminuyó el índice de analfabetismo de manera significativa; ayudó a las provincias a crear establecimientos primarios y en muchos casos fue el gobierno nacional quien los construyó; trajo a las famosas maestras norteamericanas para elevar el nivel docente; inauguró los estudios de ingeniería en las Universidades de Buenos Aires y Córdoba; fundó la Comisión Cultural de Inmigración y el Departamento de Agricultura; en 1872 creó el Banco Nacional con autorización para instalar sucursales en todo el país y emitir moneda (la intención era contar con un instrumento económico y financiero para la Nación pero el banco se convirtió en una institución particular); en octubre de 1871 se realizó la Exposición Industrial en Córdoba con 2600 expositores que presentaron 1200 muestras y a las concurrieron 34000 personas... Pero todo este industrialismo no tuvo verdadera continuidad porque no existían condiciones materiales de reproducción:

el industrialismo de Sarmiento era pura idea y había que financiarle el delirio progresista con crédito británico. Lo suyo resultaba un industrialismo sin industriales. Nadie puede culparlo de limitaciones objetivas. Cualquier historiador sabe que su soberbia era la de un cerebro que no le alcanza el cuerpo para hacer lo que quiere. A la oligarquía financiarle la megalomanía desarrollista le resultaba un mal menor. Es que el autor de “Recuerdos de provincia” guerreaba y la guita del capital financiero iba a parar al Ejército: “Los gastos extraordinarios ocasionados por conflictos internos fueron recurrentes. En la presidencia de Mitre, para sofocar levantamientos se incurrieron en gastos de más de 3M\$F, cuando el promedio de ingresos anuales oscilaba alrededor de los 8M\$F. Estos gastos fueron aún mayores en la presidencia de Sarmiento, cuando superaron los 6M\$F contra ingresos tributarios anuales entre los 11M\$F y los 12M\$F. La otra característica notoria fue la urgencia de estos gastos si se quería evitar el colapso del Gobierno central. Si a ellos se suman los de la guerra del Paraguay se gastaron más de 20M\$F durante la presidencia de Mitre y otros 5.5M\$F en la de Sarmiento”²⁴.

7

La conciencia laica como conciencia cínica de la ilustración—. Si afirmamos que la diferencia entre conciencia laica y conciencia religiosa es menos un asunto de interpretación del relato sobre la naturaleza humana como *ser del hombre* (Hobbes-Locke-Rousseau) que una cuestión acerca de la *naturaleza del poder que interpreta*, poder que se ejerce haciéndose del relato como *voluntad*, señalamos que el problema no es el de una conciencia inválida, caída, que busca su unidad edénica perdida y la reencuentra y promueve, imaginariamente, a través de la historia y la ciencia (Estado) para, finalmente, cancelada su deuda con la humillación primera (la caída, la invalidez del principio) poder pensarse como Dios, es decir, como *restauración de la humanidad del hombre* por el hombre. Esto es el *romanticismo de la conciencia laica*: una teología de Hijo como *universal concreto*; peso cristiano en el pensar.

El problema de la conciencia laica es *el acecho de su propia desmesura* una vez que la totalidad de las fuerzas humanas son plenamente *humanas*, técnicas y materiales, es decir, cuando lo *uno* no es ya la soberanía del estado sino el *mercado mundial del capital*. No equivale a la afirmación atea de la conciencia laica sino a su profundo *cinismo*. El cinismo de la conciencia laica es la reacción ante su ser vacío y sin fundamento. Ha quitado al rey-personal y ha puesto a la mercancía-impersonal *homogeneizando* todos los valores al *valor de uso mercantil*. Todo otro uso es *profanación*, o sea, pérdida económica. Sabe que la unidad es *paradise lost*. Y no le importa: *el cinismo de la conciencia laica ejerce el poder político, esencialmente, subjetivo contra la esencia teológica de la política (secularización del bien y del mal como amigo-enemigo) impulsando el nihilismo de la cultura occidental*. La creación de valores viene de la subjetividad, de la política, pero ésta se vuelve cada vez más abstracta, objetiva, internacional. Legitimación. Para los racionalistas, la legitimidad es un artículo de contrabando que contiene un sinnúmero de inmundicias ligadas a la tradición, la herencia, el patriarca, la necromancia de lo antiguo. La legitimidad son los términos del poder. ¿Cuáles son los términos del poder laico? Son los propios de la Revolución Francesa de 1789, la *legalidad como legitimidad racional* más elevada, de mayor validez y luminosidad. La conciencia laica domina al mundo con liberalismo, esto es, la promesa que la guerra puede disolverse en el derecho internacional y en los derechos humanos mediante la negociación y la discusión del procedimiento y las normas. Un parlamentarismo universal y garantista como freno del poder punitivo del humano. Un mundo donde las bondades fraternas del comercio disuelven la espada de Hobbes. No desea ser Dios, ni Rey filósofo sino comunidad internacional y Jurista. Si la conciencia laica *desteologiza* es porque quiere borrar la distinción entre amigo y enemigo: se presenta *políticamente anti-política*. Si pulimos la ciencia jurídica, si armamos instituciones supra-nacionales, si hacemos todo que Kelsen dice que hay que hacer: llegará la paz. La conciencia laica oculta la guerra para descalificar la decisión. La conciencia laica erige ideales al ritmo que los consume forjando agresividad mecánica sin fin. ¿A cuál libertad le es más inmanente la destrucción? ¿A la de morir por dios o por el progreso científico-técnico-industrial-tecnológico? ¿Solo un dios nos salvará? ¿A quien le importa sino podemos, mediante la genética,

²⁴ Poder, Estado y política: Impuestos y sociedad en la Argentina y en los Estados Unidos; Roberto Cortés Conde; Ensayo Edhasa; 2011;Pág. 141.

escribir el código absoluto como cábala de laboratorio?! ¡¿Señorío del hombre?! ¡Pero si al hombre mismo lo hemos disuelto como sistema e información!

La legitimidad irracional de la revolución carismática se fundamenta en el dominio técnico del nihilismo: la conciencia laica que intentaba extirpar la magia del mundo, mediante la ciencia, ahora, suscita, de la dominación carismática, la restitución de la visión de una totalidad fragmentada e instrumentalizada. Pero ése fue el problema urgente de la secularización occidental, formulado a mitad del siglo XX, para el caso del estado moderno alemán.

¿Cómo aparece la conciencia laica en Sarmiento?

8

La conciencia laica en Sarmiento—. Aparece bajo la imagen *mercantil* del tiempo: como una *línea*. Esta es la porción *liberal* de Sarmiento. Solo bajo la intuición moderna del tiempo, el prócer anti-gaucha es liberal. En tanto *escritor del relato fundacional del estado laico* Sarmiento hace *literatura teológica-política* a la hora de la determinación del enemigo, la guerra por el *uno*. Ese Sarmiento, esa porción de Sarmiento, no es el Faustino escrito mil veces por los mil nombres de Mitre sino el socrático (educación = razón = virtud = progreso = felicidad = educación) como Prócer insoportable del monumento, del bostezo, de la argentinidad como reforma masiva del inmigrante: el del imaginario de escuela linda con guardapolvo y foto amonestadora en la reunión de padres; el del billiken alabado por la maestría derecha que lo eleva a ser asexuado, el hacedor correcto de acción y ejemplo; el Sarmiento sometido a la infantilización de su persona y a la domesticación de su pensamiento mediante la condena moral de maestrías de izquierda que lo denuncian, histórica y pedagógicamente, como “mata-gaucha” “mata-indio” malo, malo, tres veces malo. Sarmiento se ha vuelto una lectura *contra-escolar* y sólo en esa clave puede leerse, nuevamente, el puño de sus composiciones. Sarmiento no habla como liberal laico que desplaza la guerra en el debate racional de ideas. No tiene un rival ante sus ojos sino al Mal: “cuando el mal existe es porque está en las *cosas*, y allí solamente ha de ir a buscarse; si un *hombre* lo representa, haciendo desaparecer la *personificación*, se le renueva. César asesinado renació más terrible en Octavio”²⁵ Al mal hay que removerlo: “el mal que es preciso remover, es el que nace de un gobierno que tiembla a la presencia de los hombres pensadores e ilustrados, y que para subsistir necesita alejarlos o matarlos; nace de un sistema que, reconcentrado en un *solo hombre* toda la voluntad y toda acción, el bien que él no haga, porque no lo conciba, no lo pueda o no lo quiera, no se sienta nadie dispuesto a hacerlo por temor de atraerse las miradas suspicaces del tirano, o bien porque donde no hay libertad de obrar y de pensar, el espíritu público se extingue, y el egoísmo que se reconcentra en nosotros mismos ahoga todo sentimiento de interés por los demás. “Cada uno para sí”, el azote del verdugo para todos”: he ahí el resumen de la vida y gobierno de los pueblos esclavizados”²⁶. El problema de un liberal es cómo ponerle *límites* a un poder absoluto, dictatorial o no, real o imaginario. El problema de Sarmiento es el programa de aniquilación de Urquiza escribiendo el linaje literario de su descabezamiento²⁷.

²⁵ *Facundo*, Domingo Faustino Sarmiento, Ediciones Selectas, 1965, Pág. 153.

²⁶ *Facundo*; Domingo Faustino Sarmiento, Ediciones Selectas, 1965, Pág. 190.

²⁷ La civilización es el lugar del decisionismo en Sarmiento. Y no su límite. Se dirá que Sarmiento luchó y produjo, mediante la civilización, la subordinación de nuestra existencia política como estado. También así nos habla la moralidad de biblioteca cuando alza su voz para la comodidad del lector justo. Para decirlo, directamente: Sarmiento odiaba al Chacho Peñaloza, a Rosas, al Paraguay, como patriota; no como un agente del imperio británico. Los odiaba profundamente, políticamente, como se odia la *existencia no querida*. Odiaba auténticamente a un modo de ser respecto del cual lo propio se pone en estado de guerra. Una “idea latinoamericana” reconstruida por la historiografía no tiene sentido como alegato contra quién teme la traición de los ideales revolucionarios de Mayo. Sarmiento no hace la guerra por cipayo sino por amor a la patria. *Ningún extraño le impone a Sarmiento el enemigo*. Escribe el sentido de una guerra para ser librada contra un enemigo real: el modo de producción de Solano López contra la existencia europea deseada por el criollo: “Ligados a la Europa por los vínculos de sangre de millares de personas que ligan con nuestras familias y cuyos hijos son nacionales; fomentándose la inmigración de modo que cada vez se mezcla y

Nuestra conciencia laica para ser *política* debió ser primero *literaria*.

9

La literatura como identidad: Jorge Luis Borges—. *La relación con el ser*, a través de la filosofía, es un camino vedado a los argentinos. La metafísica, es decir, el centro desde dónde alguna vez Occidente se pensó a sí mismo, antes de la Cibernética, nos re-envía al “problema de la civilización y la barbarie”, es decir, a la repetición que la razón encuentra en América como pregunta por su diferencia. Este círculo interminable de escritos sobre escritos no produce en nuestras pampas a ningún filósofo que nos permita abrir una relación con el ser en el sentido del pensar meditativo. *Nuestra* metafísica como fundamento de lo que somos es pura *literatura*. Es comprensible que, tanto el español como el argentino, puedan pensar, existencialmente, la literatura como lugar de la verdad. Borges que no era filósofo, que desconocía la filosofía en su admiración por Schopenhauer, hace de la filosofía un capítulo literario de la historia de occidente. Ocurre que occidente es el resultado del pensar filosófico mucho antes de constituirse en metafísica, es decir, de volverse escritura. *La literatura es el espacio entreabierto, el lugar mimado, desde donde los argentinos pensamos lo que nos hace ser lo que somos*. Cada vez que los argentinos tenemos algo que pensar: una nueva re-lectura del Martín Fierro asoma, una nueva disputa, diatriba, falsificación, repudio o idealización arremete en *Facundo*, la gauchesca, etc²⁸. Cada hito histórico reclama de la literatura (no de la filosofía, ni de las ciencias sociales, ni de la política) la interpretación del sentido total de sí mismo. *Tenemos una relación de metáfora con el ser y hemos producido grandes escritores y poetas y ninguna filosofía*²⁹. Todo intento de “impulsar una episteme latinoamericana, producir un conjunto integrado de conocimiento referido a Nuestra América sobre la base de su fondo cultural y su experiencia del mundo, comparta la pesada tarea de romper con el horizonte bajo el cual se desenvuelve el pensamiento europeo y las diferentes disciplinas que forman parte de él³⁰” además de resultar empobrecedor, dañino y francamente imbécil no es otra cosa que *seguir*

confunde con la población del país robusteciendo por ella nuestra nacionalidad; recibiendo de la Europa los capitales que nuestra industria requiere; existiendo un cambio mutuo de productos, puede decirse que la República está identificada con la Europa hasta lo más posible. La población extranjera ha sido siempre un elemento poderoso con que ha contado la causa de la civilización en la República Argentina” (Carta de respuesta del canciller de Mitre Rufino de Elizalde, a mediados de 1862, como respuesta al gobierno del Perú que solicitaba adhesión del país al tratado continental firmado seis años antes donde se establecían medidas que tendían a cierta integración continental y se establecían una alianza entre los signatarios en caso de agresión europea).

²⁸ Adolfo Prieto en “el discurso criollista en la formación de la Argentina moderna” señala el carácter de formadora de *mentalidad* que posee el criollismo como función: “Como forma de civilización, la literatura popular de signo criollista proveyó símbolos de identificación y afectó considerablemente las costumbres del segmento más extendido de la estructura social. Las decenas de “centros criollos”, mencionados anteriormente, no fueron sino la expresión perdurable de un fenómeno de sociabilidad cimentado en el homenaje ritual de mitos de procedencia literaria. Grupos de jóvenes de ambos sexos y de origen étnico diverso se reunían en estos centros para reproducir una atmósfera rural que parecía garantizar, por sí misma, la adquisición del sentimiento de nacionalidad necesario para sobrevivir, en algunos casos, a la confusión cosmopolita, y para enfrentar, en otros, a los brotes xenofóbicos que acompañaron el entero proceso de modernización” (*El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*; Adolfo Prieto; Siglo XXI; 2006; pág. 145)

²⁹ Salvo que por *filosofía* se entienda la opinión de un profesor de filosofía. Ahora bien, opinar, opinamos todos en la medida de nuestra ignorancia. Esto no vuelve al astuto un filósofo ni a la filosofía: una estafa organizada por el aparato de estado. La relación personal con la verdad define la singularidad del hombre; no la esencia de la filosofía. La esencia de la filosofía incluye aquella relación personal en la historicidad del pensar. Pero la *historicidad del pensar* acontece en la pregunta que interroga por el *ser* (Heidegger).

³⁰ El Cristal sin Azogue: *construcción de la Particularidad Argentina*; Juan Carlos Saccomanno, Libros Tierra Firme, 2002, pp. 23.

experimentando horror frente a la diferencia, hacer de ella un dios cruel, frustrándonos sin remisión, insistir en el pecado original, como ya advertía Murena en 1948.

La metáfora³¹ es el lugar de nuestra identidad; no el sistema. Solo un pensar poético, imbuido de la historia de la tradición literaria, puede alcanzar la textura identitaria para pensar lo propio. En “el idioma de los argentinos”, Borges dice que la argentinidad no es una supresión, ni un espectáculo sino una vocación... Una vocación literaria: *escriban cada uno su intimidad y ya la tendremos. Digan el pecho y la imaginación lo que en ellos hay, que no otra astucia filológica se precisa.* El futuro arde de literatura porque la efusión de la metáfora no deja de suscitar el relato del presente que quiere saberse a sí mismo, siempre desbordante, exagerado, pletórico, hiperbólico, barroco, como el mundo y la política³². Ese presente que muere y nace, cada día, esquivo; ese presente que funde *tiempo y letra* en el infinito y monstruoso Libro de Arena, oculto como hoja en el bosque, entre los húmedos anaqueles de la Biblioteca Nacional... Ese presente —*ideal de la conciencia laica* a través del cual pretendemos reconstruir nuestra invalidez originaria para pensarnos, por fin, dueños de la historia y de un destino compartido— es el presente de la derrota.

Witoldo, tiene el cierre de este ensayo.

10

Diario de un pensador, Gombrowicz—. En la poesía, en la literatura, no habla el ser de ningún pueblo y ningún destino se encuentra anunciado o adivinado en ninguna parte: el mito no anuncia ninguna misión histórica sino el *retorno de lo reprimido*. En la medida de su *deformación* (“soledad de la pampa”, “gaucho malo”, “desierto argentino”, “Facundo”) el mito piensa la diferencia como *delirio*; en la medida en que alberga *las huellas de la represión* (masacres del principio de identidad del estado) el mito piensa la diferencia como *verdad*. No existe ningún impulso inicial como esencia comunicada, ninguna peculiaridad impermeable de “lo argentino”, sino *poder en el elemento de verdad histórica* que tanto la sociedad como el individuo traen desde la represión. Por eso, este movimiento circular, esta imagen que suscita inquietud e interroga desde el pasado, contiene la carga histórica de la guerra: el retorno de lo reprimido es lento, no

³¹ “A través de su lectura pesimista y fatalista de la historia argentina, Estrada recupera la primacía de la tierra. *El licor saludable de este movimiento es desmoronar la ilusión antropocéntrica, la creencia del sujeto imperial que pretende que las cosas, los seres y los elementos, se sometan a su autoridad.* Pero su riesgo es la demonización de lo telúrico. La radiografía de la Pampa de Estrada continúa, en este sentido, la ancestral intuición mítica de la naturaleza gobernada por Kali. La diosa hindú que danza sobre los muertos. Kali, la vieja y poderosa materia terrestre que le quita a los seres la alegría y la plenitud. Pero en el espacio vive otro poder. El de la naturaleza como Deméter o la Pachamama, lo divino femenino que da y revivifica; lo divino femenino que entrega el calor para la nueva creación...” (*Señales de la tierra en Ezequiel Martínez Estrada y Eduardo Mallea*; Esteban Ierardo; Diaporías N° 2, revista de Filosofía y Ciencias Sociales; septiembre 2003; pág. 65, el resaltado es añadido)

³² Mucho antes de la radicalización del kirchnerismo ya estaba bien preparado el relato actual, oficial, de la historia como neo-revisionismo histórico, muy bien condensados en este párrafo de Carla Wainsztock, en el 2002, en la revista Diaporías, dirigida por el teólogo Rubén Dri: “Actualmente, los herederos de los civilizados que inventaron el *fraude patriótico* para mantenerse en el poder, reprimieron al movimiento obrero durante la *Semana Trágica* y la gesta de la *Patagonia rebelde*, interrumpieron el orden constitucional inaugurando la *década infame*, bombardearon la Plaza de Mayo, fusilaron a inocentes en los basurales de José León Suárez, acabaron con la autonomía universitaria en la *noche de los bastones negros* y provocaron la desaparición de millares de personas durante la última dictadura militar, no desdeñan los métodos de sus predecesores y, por ende, aplican los mismos cada vez que lo consideran necesario, tal como surge de las imágenes que enlutaron la Plaza de Mayo y el Puente Pueyrredón, unas imágenes que traslucen y reviven el recuerdo de aquéllas que las antecedieron”. Se trata, desde luego, de un *uso de la historia* que busca construir y sostener *continuidades* con el fin de *reconstruir* las raíces de nuestra identidad y el centro único, auténtico, del cual “realmente” provenimos, esa primera o fundamental patria donde retornaremos como conquista, más metafísica que política. Al igual que Facundo, quiere la presencia de esos sueños, esa lengua, esa ciudad, ese cultivo de lo que ha existido siempre para conservar, luchar y volver, asegurando para los que vendrán después, las condiciones de la propia existencia. Edipo.

ocurre espontáneamente, vuelve travestido bajo la influencia de todos los cambios de las condiciones de existencia que abundan en el sistema social: *el sacrificio de Facundo permite pensarnos como hijos de Occidente*; la civilización es una religión de Hijo. El gaucho, el mestizo, el indio: son todas figuras bastardas, sin origen, hijos de nadie. Mediante el rodeo, el artificio literario, una metafísica nacional alrededor del Martín Fierro (Lugones, Estrada, Astrada, Rojas, Borges, etc) se erige la buena genealogía, la vía recta a los griegos, el linaje de una tradición deseada. Toda esta serie analizada entorno al *Facundo*, el modo de ser de la política nacional —la identidad, la causa, la pertenencia— toda esta *metafísica de la nación producida como literatura teológica-política* alrededor de Civilización y Barbarie, Martín Fierro, la poesía gauchesca como *necesidad* de un *nosotros* para la *identidad del estado* es una existencia de escritorio, una vida de papel, seca de metáfora vuelta imperativo, *deber-ser que derrota al ser*, raquitismo de la creatividad, onanismo de tertulia:

“El argentino empieza a razonar, por ejemplo, que "nosotros" necesitamos tener una historia, porque "nosotros" sin historia no podemos competir con otras naciones, más cargadas de historia... y empezará a fabricarse esa historia a la fuerza, plantando en cada esquina monumentos de innumerables héroes nacionales, celebrando cada semana otro aniversario, pronunciando discursos, pomposos a veces, y convenciéndose a sí mismo de su gran pasado. La fabricación de la historia es en toda América del Sur una empresa que consume cantidades colosales de tiempo y esfuerzo. Si es escritor, ese argentino comenzará a meditar en qué es específicamente la Argentina, para deducir y por ende cómo debe comportarse para ser buen argentino... y cómo tienen que ser sus obras para resultar suficientemente propias, nacionales, continentales, criollas. Esos análisis no le llevan a producir por fuerza una novela relacionada con la literatura gauchesca, puede surgir igualmente una obra altamente refinada, pero también escrita bajo programa. En una palabra, este argentino educado creará una literatura correcta, una poesía, una música, una concepción del mundo correctas, principios morales correctos, una fe correcta... para que todo eso se ajuste, bien colocado, en su correcta Argentina”³³

Una despótica constitución de la *argentinidad* por el ideal del estado laico se realiza como *regresión que sustituye la acción por el pensamiento*³⁴:

“¿Quieres saber quien eres? No preguntes. Actúa. La acción te definirá y determinará. Por tus acciones lo sabrás. Pero tienes que actuar como "yo", como individuo, porque sólo puedes estar seguro de tus propias necesidades, aficiones, pasiones, exigencias Sólo una acción directa es un verdadero escape del caos, es auto creación. El resto —¿acaso no es retórica, cumplimiento de es quemas, bagatela, mamarrachada?... el argentino auténtico nacerá cuando se olvide de que es argentino y sobre todo de que quiere ser argentino; la literatura argentina nacerá cuando los escritores se olviden de Argentina... de América; se van a separar de Europa cuando Europa deje de serles problema, cuando la pierdan de vista; su esencia se les revelará cuando dejen de buscarla... la idea de realizar la nacionalidad bajo un programa es absurda; tiene aquella, por el contrario, que ser imprevista”³⁵

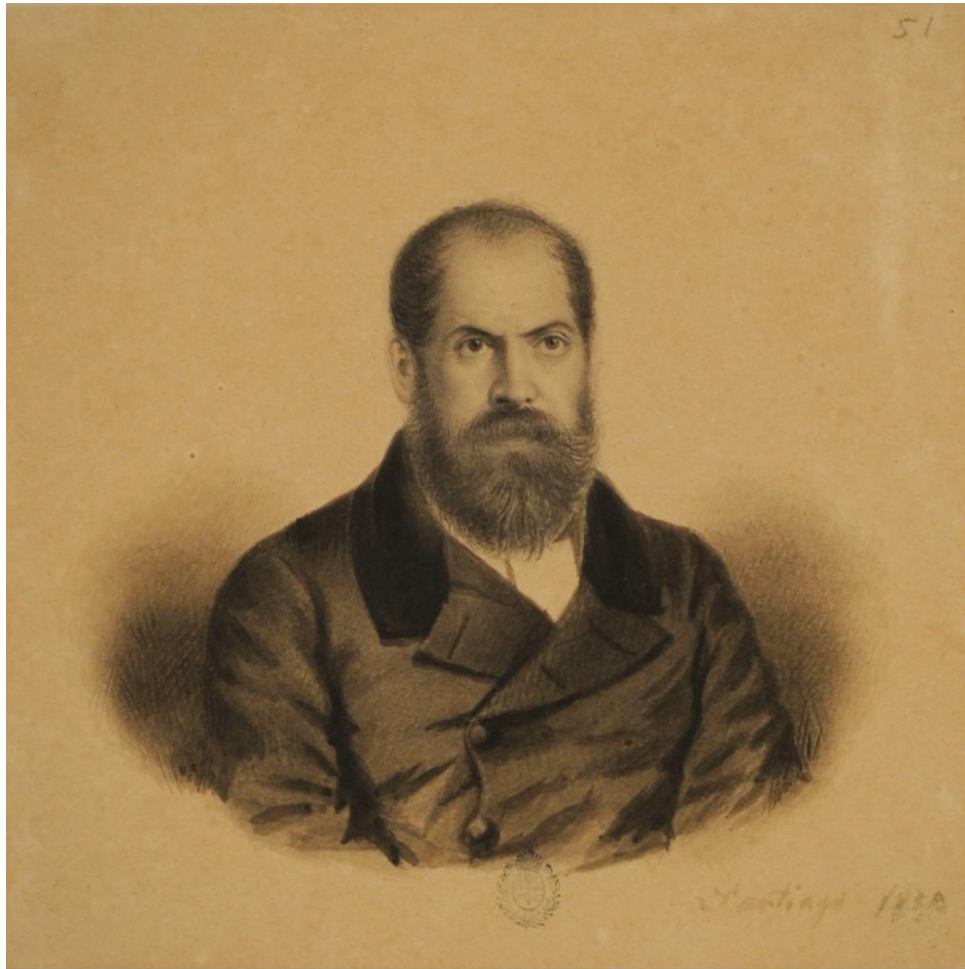
El Polaco como *cura* respecto de toda esta *neurosis de biblioteca* quiere decir: la apertura al mundo, el estar arrojados a la existencia, es la *re-escritura permanente de la constitución nacional contra el preámbulo* de un “nosotros” que nunca existió.

Facundo es el manifiesto de la *inautenticidad del estado* organizado bajo el género “historial nacional”.

³³ Witold Gombrowicz, “Diario Argentino”, 1958, fragmento.

³⁴ “Una especie de *regresión* sustituye, además, la resolución definitiva por actos preparatorios. El pensamiento reemplaza a la acción, y en cualquier estadio previo mental de la misma se impone, con poder obsesivo, en lugar del acto sustitutivo. Según que esta regresión del acto al pensamiento sea más o menos marcada, el caso de la neurosis obsesiva toma el carácter de pensamiento obsesivo (representación obsesiva) o de acción obsesiva en sentido estricto” (Análisis de un caso de neurosis obsesiva; Sigmund Freud; Obras completas; Losada; 1997)

³⁵ Witold Gombrowicz, “Diario Argentino”, 1958, fragmento.



Bibliografía consultada:

1. Facundo; Domingo Faustino Sarmiento, Ediciones Selectas, 1965.
2. El pecado original de América Latina; Héctor Murena, Fondo de Cultura Económica, 2006.
3. El libro de arena; Jorge Luis Borges, Alianza editorial, 1998.
4. Prólogo con un prólogo de prólogos; Jorge Luis Borges, Alianza editorial, 1998.
5. Borges oral; Jorge Luis Borges, Alianza editorial, 1998.
6. El idioma de los argentinos; Jorge Luis Borges, Alianza editorial, 1998.
7. Discusión; Jorge Luis Borges, Alianza editorial, 1998.
8. El tamaño de mi esperanza; Jorge Luis Borges, Alianza editorial, 1998.
9. El Martín Fierro; Jorge Luis Borges, Alianza editorial, 1998.
10. Los cuatro peronismos; Alejandro Horowicz, Ensayo Edhasa, 2005.
11. Radiografía de la pampa; Martínez Estrada, Losada, 2007.
12. Lecciones sobre el método de los estudios académicos; Schelling, Losada, 2008.
13. Diáspora, Estado y decadencia: escritos sobre judaísmo; Enrique Meler, Ediciones del Signo, 2009.
14. El legado de la *ilustración*; Enrique Meler, Ediciones del signo, 2009.
15. El Cristal sin Azogue: construcción de la Particularidad Argentina; Juan Carlos Saccomanno, Libros Tierra Firme, 2002.
16. Sarmiento y Alberdi: civilización y barbarie; Hebe Uhart; Tensiones filosóficas: Seminario de los Jueves; Sudamericana; 2001.
17. Las ideas de esos hombres: de Moreno a Perón; capítulo IV, "Rosas, ese criollo pragmático"; Vicente Massot; Sudamericana; 2007.
18. Señales de la tierra en Ezequiel Martínez Estrada y Eduardo Mallea; Esteban Ierardo; Diaporías N° 2, revista de Filosofía y Ciencias Sociales; septiembre 2003.
19. Nietzsche, la genealogía, la historia; Microfísica del poder, Michel Foucault; Las ediciones de La Piqueta, 1992.
20. Después de Nietzsche; Giorgio Colli, Anagrama, 2000.
21. La escena trágica de la representación política; Camila M. Arbuét Osuna, Editorial Española. Copia digital.
22. Desorden y progreso: *las crisis económicas argentinas 1870-1905*; Pablo Gerchunoff, Fernando Rocchi, Gastón Rossi, Edhasa; 2008
23. Poder, Estado y política: *Impuestos y sociedad en la Argentina y en los Estados Unidos*; Roberto Cortés Conde; Ensayo Edhasa; 2011.
24. El concepto de lo político; *Texto de 1932 con un Prólogo y tres Corolarios de Carl Schmitt*; Traducido de la edición de 1963 por Denés Martos. Copia digital.
25. Moisés y la religión monoteísta: *tres ensayos*; Sigmund Freud; Obras completas; Hyspamerica; 1993.
26. Ser y tiempo; Martín Heidegger; Editorial Fondo de Cultura Económica; 2000.
27. Tiempo y Ser; Conferencia de Martín Heidegger; Material online; Sitio Heideggeriana; Horacio Potel.

